

Marcial acaba de recuperar la fe, y es que a decir verdad nunca la había perdido.

Aunque su padre no era religioso en absoluto, a su madre sí podía considerársela una mujer piadosa.

De no ser por la iglesia, ella no hubiera aguantado la amarga vida que le había tocado, y como poco hubiera tenido que suicidarse.

Siempre decía que le hubiera gustado mucho poder ir a limpiar por ahí, pero su marido se lo había prohibido.

A él le parecía que la misa era cosa de mujeres, de viejas ociosas que llenaban la iglesia del mismo modo que los hombres los bares.

En ambos lugares sagrados, como en una especie de comunión comunista, cada uno de los dos géneros de la especie humana se reunían por separado, unos bebían vino y las otras comían pan para consolarse.

De niño sí que le parecía que en eso del cristianismo se hallaba una gran verdad, la de que todos a priori éramos hermanos, hijos del mismo padre, y que debíamos amarnos como tales.

Luego, tras su época hippie, bohemia y juvenil, fumando porros y bebiendo calimocho, justo cuando estaba a punto de perder la fe, había conocido en el barrio a un hombre que proclama los mismos valores de los cristianos, convirtiéndole a esa nueva religión en la que no era necesario ir a la iglesia, puesto que podía ser compartida con las mujeres en los bares.

De hecho siempre llevaba con él a su hija, la chica más guapa que había visto en su vida y a la que respetaba como si fuera una virgen.

Ella era una de las personas que se preocupaban cada día por su bienestar, yendo a menudo desde que vivía en la calle a preguntarle cómo se encontraba y qué era lo que necesitaba.

A veces, cuando su madre ya estaba dormida, le decía que subiera a su casa.

Como el mundo nunca es perfecto, si la joven tenía un padre del que podía decirse que era un santo, que en paz descansase, además de un hombre apuesto e ingeniero; la madre en este caso parecía la clásica bruja de los cuentos.

Se trataba de una de las típicas mujeres burguesas del barrio, que por haber nacido en una familia con cierto patrimonio, se creía superior a todo cuanto le rodeaba.

Aunque según le habían contado, las propiedades le venían por línea materna, ya que la abuela, una de esas valientes mujeres republicanas, había estudiado y trabajado como boticaria; consiguiéndole a su hija un puesto fijo de por vida en el colegio de farmacéuticos.

Habían tenido tres varones y una niña, Mónica, la pequeña, a la cual la madre siempre había tratado como a la cenicienta del cuento.

El propio padre se quejaba de ello y pretendía hacer que también los hijos ayudaran en la casa, pero su mujer se empeñaba en protegerlos; así que era él mismo el que limpiaba y cocinaba con el afán de ahorrarle pesares a su hija.

Los chicos se habían casado bien, incluso uno vivía en el barrio de la Moraleja.

La chiquilla, que estaba soltera y debía rondar los treinta, estaba acostumbrada a trabajar como una negra, pero aún así no había nunca dejado de estudiar, y era muy activa políticamente.

Según le había contado pertenecía a un grupo comunista que no paraba de realizar todo tipo de actividades, y siempre le venía contando algo nuevo.

Lo raro era que no hubiera aparecido aún por allí, ya que solía visitarle todos los domingos de madrugada cuando volvía a casa.

Verla aparecer sonriente, como ahora es el caso, le permite confiar en la magnanimidad ya no de Dios, sino también del género humano.